
LA DISCIPLINA ESCOLAR

COMO

FACTOR DE LA EDUCACIÓN PÚBLICA.

La escuela es la sociedad en miniatura: en aquélla, como en ésta, los únicos lazos sinceros y durables son los que establece el amor.

¡El amor! á su benéfico impulso hemos sido traídos por el Ser Supremo á este mundo; por él, tenemos unos padres que nos conducen con cariñosa mano por los zarzales de la vida, y que nos deparan, nos enseñan el camino más fácil y menos dificultoso. Por él tenemos seres amigos, que nos consuelan en nuestras desgracias y secan nuestras lágrimas si lloramos, y que, con sus dulces palabras, nos hacen ver descorrido por esos momentos, el fúnebre velo que en forma de pesar cubría nuestro corazón.

Amor y siempre amor nos guía y nos guiará mientras en ese ser, dotado de ideas, que se llama hombre, exista un átomo de sentimiento, mientras que su corazón, cual purpurino botón, se abra y derrame por doquier el suavísimo perfume de la fraternidad.

Por fortuna no estamos en tiempo de Nerón, por for-

tuna vivimos bajo benéficos auspicios, y los impulsos de nuestra alma pueden derramarse con toda libertad sobre nuestros semejantes.

Ya es una madre de pálido semblante, que, ansiosa, cuida y vela junto al lecho de su hijo moribundo, y sus párpados no se cierran y ante la idea de que la vida toda de su hijo va á caer en las devastadoras manos de la muerte, su ser todo se estremece y eleva sus ojos humedecidos por el llanto, ante su Dios, pidiéndole, rogándole que no se lleve á su único cariño, á su única esperanza.

¿Sus ayes y lamentos serán escuchados? Quizá, pero si no, aquella madre tendrá entre sus brazos un cuerpecito yerto, un despojo de lo que se llamó ser.

Y analizando los sentimientos de esa madre, veremos que son inspirados únicamente por el amor.

Mirad á aquel anciano en cuya frente brilla la mágica aureola del saber, ese hombre cuya vida entera ha sido sacrificada por los niños, por esos hombres de más tarde, que después de haber recibido tesoros de él, se sienten unidos para siempre á su maestro, que ha derramado torrentes de luz en su inteligencia en embrión.

A él, á su maestro, le deben todo lo que son, porque él les ha dado material suficiente para que el edificio de su personalidad se haya mantenido de pie.

¿Y él, en cambio, qué exige? El no exige nada difícil y se considera feliz cuando los niños lo aman y respetan.

Pero cómo no respetar á ese ser que nos prodiga consejos mil, que nos enseña los escollos para que no vayamos á caer, y que nos dice: Hé ahí la verdad, hijo mío, nutre tu alma con ella, y serás feliz.

Grandioso y noble es el papel del maestro, y nosotras,

las que más tarde nos dispersaremos cual bandada de golondrinas, para ocupar nuestro respectivo nido, no olvidaremos que somos deudoras de un gran tesoro que sólo podremos pagar á costa de gratitud.

La escuela debe ser edificada sobre el amor, la escuela en que el maestro, despojado por el momento de todo su saber, se constituye en un tierno padre que vela sobre sus hijos intelectuales, es, á mi ver, el ideal de la escuela moderna.

Allí todo tiene que marchar en grandísima armonía, porque lo que el maestro dice, será recogido con veneración y respeto, pues que los niños saben que aquellos labios sólo se abren para prodigar palabras de afecto que consuelan á los desaplicados y los estimulan á formar ese precioso conjunto de niños educados según la expresión de Spencer: "La verdadera educación es el desarrollo armónico de las facultades."

Y después no dudéis que aquellos niños no olvidarán que todo lo deben á su maestro que los ha educado y disciplinado.

Los progresos de una escuela están en razón directa del grado de perfeccionamiento alcanzado por su disciplina.

No basta únicamente que el maestro sea instruído, sabio; aun cuando los discípulos sean inteligentes, si se suprime la disciplina, el resultado será malo.

De aquí proviene el que los pedagogos hayan estudiado con tanta atención este factor importantísimo de la enseñanza. Pero no les ha costado grandes esfuerzos encontrar la solución del problema, puesto que la disciplina tiene como base única y fundamento, el mutuo cariño que siempre debe existir entre el maestro y el discípulo, cariño que es tanto más necesario, cuanto que

por él no sólo se estrechan más los vínculos que los unen, sino que hacen las órdenes del maestro más suaves para el discípulo.

Pretender, como se hacía antiguamente, guardar el orden por medio de rudos castigos ó empleando la fuerza, es abrir un abismo tan profundo entre el profesor y los alumnos, que más tarde les será imposible franquearlo.

Quizá alguna vez el rigor excesivo podrá sostener la disciplina de una clase; pero entonces no se habrá inculcado á los alumnos la íntima convicción de que su buena conducta es una ley impuesta por el deber, y que en todo caso deben cumplir, sino que obrarán solamente vencidos por la severidad y la presión que sobre ellos ejerce el maestro.

Además, con la disciplina llevada al extremo de la dureza, sólo se consigue exasperar al alumno, y lo que es peor, en el corazón del niño se despierta un violento odio hacia su profesor, y aunque éste, con su autoridad consiga acallar todo sentimiento de rebelión, no conseguirá sino retardar el desorden, que al fin estallará, y será víctima de faltas que no podrá reprimir, por haber agotado antes de tiempo todos los castigos.

Pero suponiendo que el terror logre amedrentar á los niños; que una sola voz del maestro los haga palidecer y temblar; admitamos que en la clase ninguno se atreva á moverse ni á hablar, que en los juegos, en los recreos, estén todos como en las lecciones, atentos de una mirada del profesor, temiendo caer en alguna falta; supongamos que el maestro consiga enteramente su objeto, que su régimen produzca resultados completos, haciendo á los niños sumisos y obedientes á su voluntad. ¿Qué se habrá adelantado? La severa disciplina ha

triunfado, es indudable; pero el espíritu ha muerto. La tiranía en la sociedad de la escuela, como en la sociedad de los hombres, mata el espíritu y enerva las facultades.

La planta encerrada en obscura estancia, privada de lo que es su vida, el calor y la luz, se agosta, se marchita; al aire libre, apoyada en los puntales del emparrado, circulando libremente la savia por sus tallos, sostenidos convenientemente y sin opresión ninguna, lucirá más tarde la delicada corola de sus flores. De igual manera, los niños no necesitan rigor, sino dulzura; la misión del maestro no es oprimir á la infancia, sino guiarla con acierto en el camino por donde anda delante de ella para sostenerla y dirigirla.

Un maestro violento, iracundo é injusto, ahoga en los corazones infantiles los impulsos generosos, seca las fuentes del bien, siembra en ellos el germen de las malas pasiones y pervierte las almas puras y sencillas que la fe de una madre ha puesto bajo su cuidado.

Un maestro cariñoso, solícito, justo y bueno, se granjea el afecto de sus discípulos, hace amable el estudio y agradable la escuela.

En el trato entre el educador y los niños, por huir de un extremo se puede caer en otro; esto es, por evitar el rigor excesivo, se llega á veces á una ridícula familiaridad. Este es el motivo por qué algunos condenan la dulzura y la suavidad de la escuela moderna; pero cualquier maestro de mediana educación é inteligencia, sabe colocarse á igual distancia de ambos extremos.

Bien puede el maestro inspirar confianza á los niños sin darles lugar para que olviden el respeto debido á los superiores; bien puede ser tolerante sin rebajar su autoridad, hasta permitir los abusos. ¿Es que aborrece-

mos á nuestra madre cuando cariñosamente nos reprende una mala acción ó contraría nuestros deseos para librnòs de un peligro? ¡Oh, no es así! rara vez dejamos de comprender los motivos de una resolución ó la justicia de un castigo cuando una y otra provienen de alguien, para quien nuestra felicidad es la suya, nuestros padres y nuestros maestros.

Pero éstas no son únicamente opiniones apasionadas, pues que la experiencia se ha encargado de demostrar por los funestos resultados obtenidos antiguamente en las escuelas, que los métodos de rigor no satisfacen las aspiraciones de la educación.

La antigua escuela no podía prescindir de los medios violentos, de castigos crueles, y á veces atroces.

El azote, los golpes con la palmeta y otros castigos en que se hacía sufrir al niño un dolor corporal vivo y cuyo temor le impidiera volver á infringir el orden, eran los medios disciplinarios que hacían que la escuela fuese para el niño un verdadero martirio. A menudo sucedía que un criado tenía que llevar cargando al niño y aun así, costaba mucho trabajo conseguir que entrara.

Otro de los castigos generalmente empleados, era el encierro, que consistía en secuestrar al niño en un cuarto bien cerrado, obscuro, con objeto de atemorizarle; pero esto era á veces causa inmediata de afecciones nerviosas. Además, no se conseguía el objeto con que aquellos castigos se aplicaban, pues es un hecho de observación común, que los castigos físicos degradan y envilecen el carácter, y propenden á relajar la dignidad humana, que aun en el niño debe respetarse, procurando que se habitúe á considerar á los demás como él es considerado.

Para disculparse en cierto modo de la crueldad con

que se aplicaban estos castigos, se decía, que el niño carece de móviles puramente morales, que no posee más que la sensibilidad corpórea, y que el único sentimiento capaz de despertarse en su espíritu, es el temor al dolor físico, es decir, rebajaban al niño hasta la condición del animal, negándole todo sentimiento delicado.

El maestro mismo, al aplicar estos castigos, aun cuando en el momento de cometerse la falta, su enojo no hubiese sido muy grande, sentía muchas veces verdadera rabia, pues es una ley de la naturaleza humana que cuando cometemos actos crueles, se despierte en nosotros un verdadero deseo de ferocidad.

El que hiere una vez, no se conforma con el primer golpe, pues á medida que pega, se exalta más y más y los multiplica; pues bien, el castigo llevado hasta la crueldad, pierde su carácter de acto justiciero, y toma los odiosos caracteres de la venganza.

Pocos errores habrá tan grandes como éste; cualquiera que haya observado á los niños, se convence de su exquisita sensibilidad moral, el niño goza en extremo con los halagos y se manifiesta muy sensible á la muestra de desagrado que recibe; esto es tan cierto, que antiguamente los Jesuítas, cuando querían aplicar castigos corporales, no lo hacían personalmente, sino que encomendaban tan triste misión á alguna persona extraña á la Compañía, con el objeto de evitar que sobre ellos cayese el odio y el rencor de los alumnos que tan justamente habrían atraído sobre ellos.

Nunca el maestro, ni aun siquiera por la dura ley de la necesidad, está justificado para recurrir á los castigos corporales; existen en el espíritu del niño muchísimos recursos de orden puramente moral, de que un buen educador puede valerse para normar la conducta